

El Peromín 10 céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Gedequístico de Zaragoza.

AÑO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 104

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO y MOSCARDÓN



de los apeninos a los andes



C O N T I N U A C I Ó N

sol, le dijeron: «Tucumán está a cinco leguas de aquí.» Dió un grito de alegría y apretó el paso, como si hubiese recobrado en el momento todo el vigor perdido. Pero fué breve ilusión. Las fuerzas le abandonaron de nuevo y cayó extenuado a la orilla de una zanja. Mas el corazón le saltaba de gozo. El cielo, cubierto de estrellas, nunca le había parecido tan hermoso. Lo contemplaba echado sobre la hierba para dormir, y pensaba que su madre miraría quizá también al mismo tiempo al cielo. «Oh, madre mía! ¿Dónde estás? ¿Qué haces en este instante? ¿Piensas en tu hijo? ¿Te acuerdas de tu Marcos, que está tan cerca de ti?» ¡Pobre

Marcos! Si él hubiese podido ver en qué estado se encontraba entonces su madre, hubiera hecho esfuerzos sobrehumanos para andar aún y llegar hasta ella cuanto antes. Estaba enferma, en la cama, en un cuarto de un piso bajo de la casita solariega donde vivía toda la familia Mequínez, la cual le había tomado mucho cariño y la asistía muy bien. La pobre mujer estaba ya delicada cuando el ingeniero Mequínez tuvo que salir precipitadamente de Buenos Aires, y no se había mejorado del todo con el buen clima de Córdoba. Pero después, el no haber recibido contestación a sus cartas, del marido ni del primo; el presentimiento, siempre vivo, de

alguna gran desgracia; la ansiedad continua en que vivía, dudando entre marchar y quedarse, cada día esperando una mala noticia, la habían hecho empeorar considerablemente. Por último, se había presentado una enfermedad gravísima: una hernia intestinal estrangulada. Desde hacía quince días no se levantaba. Era necesaria una operación quirúrgica para salvarle la vida. Precisamente en aquel momento, mientras su Marcos la invocaba, estaban junto a su cama el amo y el ama de la casa, convenciéndola con mucha dulzura para que se dejase hacer la operación. Un médico afamado de Tucumán había ya venido la semana anterior, inútil-



mente. «No, queridos señores—decía ella—; no trae cuenta; yo no tengo ya más fuerzas para resistir, y moriré bajo los instrumentos del cirujano. Mejor es que me dejen morir así. No me importa la vida. Todo ha concluido para mí. Es preferible que muera antes de saber lo que haya ocurrido en mi familia.» Los dueños volvían a decirle que no, que tuviese valor, que las últimas cartas enviadas a Génova directamente tendrían respuesta, que se dejase operar, que lo hiciera por sus hijos. Pero aquella idea de sus hijos agravaba más y más, con mayor angustia, el desaliento profundo que la postraba hacía largo tiempo. Al oír aquellas pala-

bras prorrumpía en llanto. «¡Oh! ¡Hijos míos! ¡Hijos míos!—exclamaba juntando sus manos—. ¡Quizá ya no existan! Mejor es que muera yo también. Muchas gracias, buenos señores; se lo agradezco de corazón. Más vale morir. Ni aun con la operación me curaría, estoy segura. Gracias por tantos cuidados. Es inútil que pasado mañana vuelva el médico. ¡Quiero morirme; es mi destino! Estoy decidida.» Y ellos, sin cesar de consolarla, repetían: «No, no diga eso», cogiéndola de las manos y suplicándole. La enferma entonces cerraba los ojos agotada, y caía en un sopor que la hacía parecer muerta... Los señores permanecían a su lado algún

tiempo, mirando con gran compasión, a la débil luz de la lamparilla, aquella madre admirable, que había venido a servir a seis mil millas de su patria, y a morir... ¡después de haber sufrido tanto! ¡Pobre mujer! ¡Tan honrada, tan buena y tan desgraciada!... Al día siguiente, muy de mañana, entraba Marcos con su saco a la espalda, encorvado y tambaleándose, pero lleno de ánimos, en la ciudad de Tucumán, una de las más jóvenes y florecientes de la República Argentina. Le parecía volver a ver a Córdoba, a Rosario, a Buenos Aires: eran aquellas mismas calles derechas y larguísimas, y aquellas casas blancas y bajas; pero por to-



das partes se veía nueva y magnífica vegetación; se notaba un aire perfumado, una luz maravillosa, un cielo límpido y profundo, como jamás lo había visto, ni siquiera en Italia. Caminando por las calles volvió a sentir la agitación febril que se había apoderado de él en Buenos Aires; miraba las ventanas y las puertas de todas las casas, se fijaba en todas las mujeres que pasaban, con la angustiosa esperanza de encontrar a su madre; hubiera querido preguntar a todos, y no se atrevía a detener a nadie. Todos, desde el umbral de sus puertas, se volvían a contem-

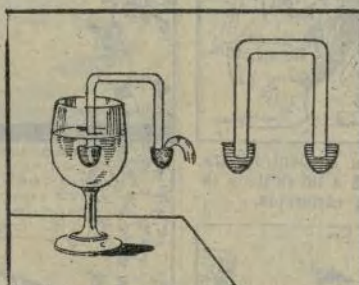
plar a aquel pobre muchacho harapiento, lleno de polvo, que daba señales de venir de muy lejos. Buscaba entre las gentes una cara que le inspirase confianza, a quien dirigir aquella tremenda pregunta, cuando se presentó ante sus ojos, en el rótulo de una tienda, un nombre italiano. Dentro había un hombre con anteojos, y dos mujeres. Se acercó lentamente a la puerta, y con ánimo resuelto preguntó: «¿Me sabrían decir, señores, dónde está la familia Mequínez?» «Del ingeniero Mequínez?», preguntó a su vez el de la tienda. «Sí, del ingeniero Mequínez»,

respondió el muchacho con voz apagada. «La familia Mequínez—dijo el de la tienda—no está en Tucumán.» Un grito desesperado de dolor, como de persona herida de repente por artero puñal, fué el eco de aquellas palabras. El tendero y las mujeres se levantaron; acudieron algunos vecinos. «¿Qué ocurre? ¿Qué tienes, muchacho?—dijo el tendero, haciéndole entrar en la tienda y sentarse—. No hay por qué desesperarse, ¿qué diablo! Los Mequínez no están aquí, pero no están muy lejos: ¡a pocas horas de Tucumán!» «¿Dónde? ¿Dónde?», gritó

Marcos, levantándose como un resucitado. «A unas quince millas de aquí—continuó el hombre—, a orillas del Saladillo; en el sitio donde están construyendo una gran fábrica de azúcar; en el grupo de casas está la del señor Mequínz; todos lo saben, y llegarás en pocas horas.» «Yo estuve allá hace poco», dijo un joven que había acudido al oír el grito. Marcos se le quedó mirando, con los ojos fuera de las órbitas, y le preguntó precipitadamente, palideciendo: «¿Habéis visto la criada del señor Mequínz, la italiana?» «¿La genovesa? La he visto.» Marcos rompió en sollozos convulsivos, entre risa y llanto. Luego, con un impulso de violenta resolución: «¿Por dónde se va? ¿Pronto, el camino; enseñadme el camino!» «Pero si hay una jornada de marcha!»—le dijeron todos a una voz—; estás cansado y debes reposar: partirás mañana!» «¿Imposible!» «Imposible!»—respondió el muchacho—. Decíme por dónde se va; no espero ni un momento; en seguida, aun cuando me cayera muerto en el camino!» Viendo que era irrevocable su propósito, no se opusieron más. «Que Dios te acompañe—le dijeron—. Ten cuidado con el camino por el bosque. Buen viaje, ita-

llanito.» Un hombre le acompañó fuera de la ciudad; le indicó el camino; le dio algún consejo, y se quedó mirando cómo empezaba su viaje. A los pocos minutos el muchacho desapareció, cojeando, con su saco a la espalda, por entre los árboles espesos que flanqueaban el camino. Aquella noche fué tremenda para la pobre enferma. Tenía dolores atroces, que le arrancaban alaridos capaces de destrozar sus venas, y que le producían momentos de delirio. Las mujeres que la asistían perdían la cabeza. El ama acudía de vez en cuando, descorazonada. Todos comenzaron a temer que aun cuando hubiera decidido dejarse hacer la operación, el médico, que debía llegar a la mañana siguiente, llegaría ya demasiado tarde. En los momentos en que no deliraba se comprendía, sin embargo, que su desconsuelo mayor y más terrible no lo causaban los dolores del cuerpo, sino el pensamiento de su familia lejana. Moribunda, descompuesta, con la fisonomía deshecha, metía sus manos por entre los cabellos, con actitudes de desesperación, traspasaba el alma gritando: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Morir tan lejos! ¡Morir sin volverlos a ver! ¡Mis pobres hijos, que se quedan sin

madre; mis criaturas, mi pobre sangre! ¡Mi Marcos, todavía tan pequeñito, así de alto, tan bueno y tan cariñoso! ¡No sabéis qué muchacho era! Señora, ¡si usted supiese! No me lo podía quitar de mi cuello cuando partí: sollozaba que daba compasión oírle! ¡pobrecillo! Parecía que sospechaba que no había de volver a ver a su madre, ¡pobre Marcos, pobre niño mío! Creí que estallaba mi corazón. ¡Ah, si me hubiese muerto en aquel mismo momento en que me decía adiós! ¡Si hubiera entonces muerto atravesada por un rayo! ¡Sin madre; pobre niño; él, que me quería tanto, que tanta necesidad tenía de mis cuidados; sin madre, en la miseria, tendrá que ir pidiendo limosna; él, Marcos, mi Marcos, tenderá su mano, hambriento! ¡Oh, Dios eterno! ¡No! ¡No quiero morir! ¡El médico! ¡Llamadlo en seguida! ¡Que venga y que me corte, que me haga pedazos las entrañas, que me haga enloquecer, pero que me salve la vida! ¡Quiero curarme, quiero vivir, huir, mañana, en seguida! ¡El médico! ¡Socorro! ¡Favor!» Y las mujeres le sujetaban las manos; la acariciaban; suplicando, la hacían volver en sí poco a poco, y la hablaban de Dios y de es-



JUEGOS DE CUERDA

Los juegos con cuerda son variadísimos y de ordinario higiénicos y sin peligro. Pueden jugar a ellos niñas y niños. Describamos hoy el juego llamado «de marcha». En este juego cada niño tiene su cuerda independiente (damos por supuesto que ya saben todos saltar a la cuerda). El salto de marcha puede hacerse de tres modos y se presta a apuestas o concursos entre varios niños. Si se dispone de mucho campo, el juego puede consistir en ver quién llega antes, saltando a la cuerda, a un sitio determinado. Gana, claro es, el que llega primero. Si sólo se dispone de un patio, ganará el que más vueltas dé a él, sin equivocarse en los saltos, y si el recinto es muy pequeño, el que más resista saltando, sin interrupción.

Ya describiremos otros juegos de cuerda.

EL SIFÓN

Como el uso del sifón puede prestar en muchos casos muy buenos servicios, conviene a los jeroministas enterarse de todas las modalidades que presenta su aplicación a fin de salvar las dificultades que en varios casos puedan presentarse. Ya hemos dicho que para que un sifón, sacado del líquido, no se descabe, cosa muy conveniente a veces, deben doblarse hacia arriba sus extremos, pero esto no siempre es cosa fácil, sobre todo tratándose de sifones de cristal. El inconveniente se salva facilísimamente con el empleo de dos dedales o dos casquillos de bellotas u otro objeto similar. Basta para ello, como se indica en los dibujos, pegar por un lado a los extremos del sifón los dedales o lo que se emplee, dejando al otro libre para la salida del líquido.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTÍSTICA Y REGIONAL



1.º Mérida.—Restos romanos.



2.º Murillo.—La Virgen del Rosario.
Ayuntamiento de Madrid



3.º Burgos.—Escudo y traje regional.



Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo



Cascarilla está impresionado una película en la que figura que viene de la playa con un cesto de cangrejos.



Un ratero sale a su encuentro para quitarle el cesto; lo ata a un poste y se pone a contemplar los cangrejos.



Aunque no figuraba en el plan de la película, Cascarilla tiene una idea genial, como suya, y ya veis lo que hizo.



Así, el ladrón que pensaba darse un banquete con los cangrejos, vio que éstos se lo daban con sus orejas.



Cosa que hizo la mar de gracia a Cascarilla; pero no al pelculero, que de un puntapié le hizo tomar un baño de impresión.



¡ADUI VA NO HAY MORAS, PANCHITO!



SI QUEREIS, VO OS PUEDO PRESTAR AYUDA.



PERO MUCHO CUIDADO DE NO CAERSE, NO TENGAMOS UN DISGUSTO SERIO.



¡CUANTO QUIERO VER A ESTOS CHIGUILLOS!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



El «Mantecas» y el «Colilla» van a llevar a un burlero un cubo con masa y la jeringa para hacerlos. Al volver una esquina vieron venir a JEROMIN y a Luisita y deciden darles una broma pesada, llenando de masa la jeringa con el fin de fars...



¡PLAF!



na y aplastando con la planta del zapato las narices del «Colilla». ¡Cómo se reían JEROMIN y Luisita al verlos tan embadurnados y riendo! Por fin, el «Colilla» se apoderó de la jeringa y comenzó a solear con ella sobre la cabeza del «Mantecas».



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



¡VAY MUCHAS, V... COMO SI NO, PORQUE NO, PODEMOS PASAR!



Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LÁMPARA PARA MARAVILLOSA

(Continuación.)

ner trato alguno con los Genios, que eran demonios, según decía Mahoma. Mas Aladino le dijo que aquellos Genios les podían proporcionar cuanto quisiesen y que si la lámpara y el anillo no fuesen tan maravillosos no hubiera venido el mágico desde el Africa en su busca. «Bueno, dijo la madre, guarda tú esos objetos y que no vea yo más tan horribles monstruos delante de mí.» «Haré lo que me decís y, además, os prometo no usarlos sino en caso de verdadera necesidad. No hablemos más de esto.» Después que hubieron comido todo lo que les pareció, todavía sobraron muchos manjares, que guardaron y fueron consumiendo en los días sucesivos. Cuando volvió el hambre a amenazarles Aladino tomó una fuente de plata y se fué a venderla al primer judío que encontró en la calle. Este, que era un gran usurero, conoció en seguida el valor de la alhaja y comprendió que el joven no sabía lo que vendía, así es que le ofreció una moneda de oro, que representaba la sexagésima parte del valor de la fuente. Aladino se apoderó de lo que le ofrecían y echó a correr a su casa tan contento y con tanta rapidez, que el judío no pudo alcanzarle, aunque iba tras él pa-



ra ofrecerle menos aún de lo que le había dado. Con aquella moneda compró la madre del joven abundantes provisiones para una semana. Poco a poco se fué vendiendo al mismo judío y por el mismo precio toda la vajilla hasta que se agotaron todos los recursos. Entonces volvió Aladino a frotar la lámpara, y el Genio se le apareció como la primera vez, diciendo: «¿Qué es lo que deseáis? Aquí estoy dispuesto a obedecer como esclavo a todo el que tenga la lámpara en la mano.» «Tengo hambre, dadme de comer», le respondió Aladino. El Genio se desvaneció y volvió a presentarse cargado de vajilla y de comida como la primera vez. Mientras Aladino invocaba al Genio, su madre se había ido de casa y no regresó hasta que supo que había vuelto a desvanecerse el monstruo. Cuando concluyeron los manjares volvió Aladino a vender los platos y las fuentes, para lo cual se dirigió a la tienda del antiguo judío; mas un respetable platero llamó al joven y le preguntó qué iba a hacer con aquellas alhajas. Aladino le refirió todo lo que había hecho con la vajilla primera y le dijo que iba a hacer lo mismo con la que ahora tenía; el honrado platero se indignó de la avaricia del comprador e hizo saber a Aladino el valor de lo que vendía, pagándole él mismo aquella bandeja en su justo precio, es decir, sesenta veces más que le había pagado el usurero judío. Aunque madre e hijo comprendían el manantial de riqueza que con la lámpara poseían, no por eso se permitieron hacer grandes ostentaciones de ri-

queza, sino que vivían modestamente ajustados a su condición. Así transcurrieron dos años, durante los cuales Aladino frecuentaba los mejores comercios de la ciudad y adquiría relaciones con los más expertos joyeros, llegando a distinguir las piedras preciosas y a comprender su valor, con lo cual se persuadió de que lo que él había recogido en el jardín encantado no eran cristales, sino piedras finísimas y de muy extraordinario valor; mas calló este secreto y ni a su misma madre dijo nada. Como el joven no tenía ocupación alguna, se pasaba las horas muertas paseando por las calles de la ciudad, cuando en una ocasión oyó publicar un bando en el que se ordenaba que todo el mundo cerrase las tiendas y que los habitantes permaneciesen dentro de sus casas mientras la princesa Brudubudura, hija del Sultán, fuese y regresase del baño. Esta orden excitó a Aladino la curiosidad de ver a la Princesa, para lo cual decidió audazmente colocarse a la entrada del baño en cuyo sitio le sería fácil contemplarla a su gusto. El aire majestuoso y la gran hermosura de la hija del Sultán, impresionaron tanto a Aladino que se retiró a su casa triste y meditabundo, sin querer hablar ni comer, por lo cual su madre le creyó enfermo y se llenó de pena. El joven no pudo dormir nada aquella noche. A la mañana siguiente le volvió a preguntar la madre qué tenía y él le contestó que estaba enamorado de la princesa Brudubudura y que había resuelto pedirla al Sultán en matrimonio.

(Continuará.)



Al cangrejo su madre reprendía, porque andaba hacia atrás, y respondía: —No entiendo, madre, lo que usted me [manda, porque yo ando lo mismo que usted anda.

Que dijo bien contemplo, pues la mejor lección es el ejemplo.
JOSÉ AGUSTÍN IBÁÑEZ DE LA RENTERÍA.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

En Geometría se nombra la parte de una figura que entrando cinco vocales no se repite ninguna.

(Remitido por Amparo Bonet, de Cozviñar.)

(La solución en el próximo número.)

SOLUCION DEL ANTERIOR

La cebolla.

Ayuntamiento de Madrid



Qu ^{HA}NOTA ^{gui}TO: no ^{is}nun K una hacción m ^{pensan} que será X una ^{vez}, pu: os equi- ^{reis}. El que ^{mal} XI^{er} vez, con ^{cilidat} y, en poco ^{llega} a adquirir costumb ^{que} difícilmente podrá ya ^dochar X ⁿⁱ X nadie ^{consintais} nun K en ^{un} acto indigno! Me lo ^p meteis?

SOLUCION DE LA CARTA ANTERIOR

¿Sabéis cuál es el mayor defecto en los niños? La soberbia. Un niño soberbio se conquista la antipatía de todo el mundo, los amigos huyen de él, y es seguro que llegará a ser un desgraciado, porque a la soberbia siguen todos los vicios y pecados. No seáis soberbios, amiguitos míos.

JEROMÍN.

CONSEJOS DE «JEROMÍN»

Voy a exponeros las razones que prometí el otro día, y que aconsejan el respeto a los nidos. Son razones de utilidad. No podéis imaginaros el beneficio inmenso que los pajarillos hacen a los frutos del campo. Vosotros, tal vez, creáis que los pajarillos son unos holgazanes inútiles, que sólo piensan en darse buena vida, sin pensar en otra cosa que en volar y cantar. ¡Qué engañados estáis! Los pajarillos son guardas que Dios ha puesto en el campo para que defiendan el fruto del sudor del hombre. Es verdad que, de vez en vez, pasan largos ratos cantando, pero esos cánticos no son otra cosa que manifestaciones de la satisfacción que produce el deber cumplido. Cuando un chico se ha portado bien, cumpliendo sus deberes a perfección, de forma que se ve aplaudido por sus papás, por el señor maestro, etc., siente una alegría grande, ¿verdad? ¡Como que no hay gozo mayor como el que ocasiona el deber cumplido! Pues bien; por eso están alegres y cantan los pajarillos: porque cumplen a perfección sus deberes, la misión que Dios les ha encomendado. ¡Ah, si se tendiesen a la bartola, como hacen algunos niños, en vez de cumplir sus obligaciones! Ya podríais renunciar a comer pan y a saborear las exquisitas de las manzanas, peras, naranjas, uvas y demás frutas, porque todo ello sería destruido por los numerosos enemigos que tienen, especialmente, entre los insectos. Pero los pajaritos están alerta y no consienten que los malhechores de los frutos dañen a éstos.

Esa es la ocupación principal de los pajarillos: perseguir y destruir a los enemigos del trabajo del hombre en el campo. Defienden los sembrados, defienden las huertas y defienden los árboles. Insistiremos sobre lo mismo.

La España Gloriosa



(Conclusion.)

primera obra de esta clase; a los cuarenta y uno llevaba escritas 230, número que, al cabo de seis años, se elevaba a 483. A los cincuenta y ocho años era autor de 900 comedias; a los setenta y dos tenía repartidas por los teatros del reino 1.070 y unas 1.500 ocho años más tarde.

Asegúrase que en el espacio de veinticuatro horas, mitad en un día y mitad en otro, componía un drama de 2.400 versos, esfuerzo que repitió más de cien veces.

El conjunto de sus obras forma unos 2.000 dramas y autos, que componen 133.000 páginas, con 21.000.000 de versos; fecundidad sin ejemplo en ningún otro autor dramático, así español como extranjero.

卷 之 一

El 18 de diciembre de 1611, a cosa de las ocho de la noche, saliendo del convento de las Descalzas de la Santísima Trinidad, en Madrid, al volver una de las esquinas de la calle Francos llovieron sobre Lope de Vega tajos y cuchilladas.

«No me hirieron—dijo a los que le visitaron al día siguiente—, y los que ven encima lo atribuyen a milagro; antes, la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre; de donde se infiere que yo estaba inocente y él engañado.»

Este suceso, y quizá más aún las causas que lo provocaron, la muerte de su esposa y el fallecimiento de su hijo Carlos, determinaron, sin duda, a Iope a cambiar de estado: viajó por Sevilla y Toledo, y en 1614 abrazó el eclesiástico, recibiendo la sagrada orden del presbiterado, el título de doctor en Teología, que le otorgó el Papa Urbano VIII, los nombramientos de promotor fiscal de la Cámara Apostólica, de notario inscrito en el Archivo Romano y el de familiar de la Inquisición.

La vida religiosa de Lope de Vega fué ejemplarísima; mandó construir en su casa un oratorio en el que decía la misa, y no podía celebrar el santo sacrificio sin derramar copiosas lágrimas; visitaba los hospitales, socorría a los pobres y cumplía religiosamente con los deberes de su ministerio.

«En medio de estas honras—dice Barre-
ra—y de las continuadas que durante tan-
tos años recibió de nuestros reyes y mag-
nates, de los hombres más distinguidos en
Ciencias, Artes y Letras, y de la nación
toda, que aplaudía y admiraba sus obras,
Lope vivía muy modestamente en el retiro
de su casa, calle de Francos, donde te-
nía oratorio propio y un pequeño jardín,
ocupado en los continuos trabajos literarios,
tan fáciles a su nimen y erudición, y en
ejercicios de piedad y caridad cristianas.»

En efecto, Lope de Vega, a pesar de su estado eclesiástico y de su cualidad de familiar del Santo Oficio, continuó escribiendo comedias; pero, a fuerza de oír decir que sus obras perjudicaban las buenas costumbres, resolvió no escribir más que *autos*, comedias sacras, antes que renunciar a la poesía dramática. Compuso, además, unos 700 sonetos y varias notabilísimas obras de carácter religioso.

«En 1634 le ocasionaron ciertos disgustos una profunda pasión de ánimo que le afligió durante un año, hasta que el 24 de agosto de 1635, asistiendo, ya enfermo, a unas

CASTILLA LA VIEJA Y EXTREMADURA



conclusiones en el Seminario de los Escoceses, fué acometido de un desmayo; conducido al cuarto de su amigo el doctor Sebastián Francisco de Medrano, y luego a su casa, falleció tres días después.»

Sus funerales fueron magníficos; en ellos tomó parte todo Madrid, y el cadáver del gran poeta quedó depositado en la cripta de la iglesia de San Sebastián; pero las diligencias que a fines del siglo pasado se practicaron para encontrar los restos de Lope de Vega, fueron infructuosas, y por esa razón no tiene sepultura más suniiosa el que con toda justicia fué apellidado *el Fénix de los ingenios*.

FIN

CHISTE

El juez.—¿A qué compañía perteneces?

El procesado.—A la cuarta, mi comandante.

El juez.—Me lo estaba figurando desde que dieron parte de tu desertión. ¡Valiente compañía es la cuarta! La pececita de todas.

El procesado.—Por eso, precisamente, decidí fugarme; pues siempre he oído decir que se debe huir de las malas compañías.

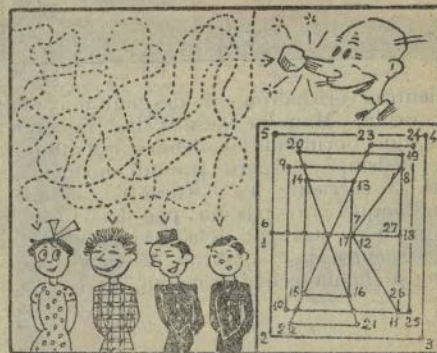
Pedro del Fierro.—Valdepeñas (Ciudad Real)

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 33 y veréis por qué está tan contento el niño.

(En el cuadrado pequeño, la solución del



2.º ¿Sabréis averiguar cuál de esos cuatro personajes de Jeromín ha tirado la piedra a la nariz de Repollo?

anterior.)

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.



—Lo que os voy a contar, hace mucho tiempo que sucedió; tanto, que ni vuestro abuelito vivía entonces. En aquellos tiempos era frecuente que los niños de las casas regularmente acomodadas fuesen raptados por hombres de mala vida, bien para exigir un fuerte rescate por su devoción o para

provocar en ellos absurdas deformaciones, que les convertían en grotescos bufones para el porvenir. Esto le sucedió a Pedrín en ocasión de haberse alejado, en sus juegos, del castillo en que sus padres habitaban. Un forajido, que merodeaba por aquellas cercanías, se apoderó de él y, después de maniatar-

le, le cogió en brazos, dándose a la fuga, pero no sin que pasara desapercibido para Manolín, hijo de unos deudos de los señores del castillo. El ladrón siguió corriendo sin que se diera cuenta de la vigilancia que sobre él se ejercía, y fué a depositar a Pedrín en una barca, que se hallaba amarrada a



la orilla de un río, que cruzaba aquellos terrenos. Inmediatamente después se dirigió a coger los remos, que tenía escondidos tras de un corpulento roble, en previsión de que le hubiesen podido quitar la barca. Este instante fué el que Pedrín aprovechó para poner en práctica la idea que se le había

ocurrido desde que observó que la barca no tenía remos. A todo correr, y procurando no hacer ningún ruido que llamase la atención del ladrón, se dirigió a la barca, en donde yacía Pedrín, y desatando la amarra le dió un fuerte empujón, al mismo tiempo que saltaba dentro de ella. No tardó la barca

en deslizarse veloz a favor de la corriente. Mientras tanto, el ladrón, que volvía con los remos, se dió cuenta de la manera tan donosa como había sido chasqueado, y, lleno de furor, comenzó a proferir grandes voces amenazando a los chiquillos, cosa que ellos escucharon como el que oye llover.



Mientras el ladrón se desgañaba en la orilla, Manolín desató las ligaduras que oprimían los débiles miembros de Pedrín, y esperó tranquilamente a que la corriente les llevara al castillo, pues aquel río pasaba por los fosos. A poco de navegar a la deriva se percibía, entre las sombras de la noche, que se había echado encima, la oscura

mole del castillo. Ya más cerca, pudieron distinguir un farol, que era el que llevaba la gente del castillo, que había salido en busca de Pedrín al notar su desaparición. Instantes después llegaban junto a la poterna en que estaban los del farol, y Manolín, dándose a conocer, ponía a Pedrín en manos de sus servidores, después de referir el peligro

que habían corrido. Inmediatamente se organizó una batida para apresar al ladrón, pero no pudo ser apresado, pues habiendo supuesto aquél lo que iba a suceder, puso en seguida terreno por medio. Excusado es decir que Manolín fué largamente recompensado por el dueño del castillo.

FIN

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



El tigre, cada vez más descosido de la carne, seguía y seguía brincando sin descanso, hasta que cayó completamente rendido, sin poderse mover. Enton-

ces acudieron los negritos para matarle con sus flechas, pero Churrete dijo: «No; voy a enseñaros a matar tigres.» Y cogiendo a la fiera de una oreja, le

dió un «cócón» en la nuca, dejándola patitiesa. ¡Qué ovación le tributaron los negritos!

(Continuará.)